SEIS DÍAS EN EL CAMPO DE ŁĘCZYCA

por Yosef GOLDBERG, Montreal

En el verano de 1939 trabajé en el bosque de Łąck, cerca de Gostynin. Allí se construyó un magnífico edificio: un sanatorio para funcionarios gubernamentales eméritos polacos. En ese momento estalló la guerra. Los alemanes todavía estaban muy lejos de la frontera, así que continuamos terminando el edificio. Sólo los aviones alemanes nos dejaron sin trabajo……

De camino a Kutno, me detuve en Gostynin. Aquí la población no sintió la guerra en absoluto, porque en el distrito de Gostynin había un gran porcentaje de ciudadanos de etnia alemana y polaca.

Mientras tanto, Kutno había sido quemado. En medio de llamas brillantes, la destilería se alzaba como una antorcha, cuya luz llegaba hasta Gostynin, a 21 kilómetros de Kutno.

A la mañana siguiente me encontré con el ejército alemán en Kutno. El miedo era grande, aunque los alemanes habían iniciado el comercio, incluso con judíos. Con los polacos no tenían un idioma común. Todo transcurrió sin contratiempos, hasta que un día, dos semanas después de que los alemanes ocuparan Kutno, hubo un *obławę*[1] de todos los hombres de la ciudad. Los capturados fueron conducidos a la iglesia del antiguo mercado. La iglesia de Kutno era lo suficientemente grande como para albergar a varios miles de personas. Yo también fui arrojado a esto. Dentro me quedé en la puerta porque ya había mucha gente. Exprimido como arenque en un barril. El ambiente general era que era el final. De todos modos, una bomba sería suficiente para acabar con nosotros…

[1] NdT: polaco por "redada".

Alrededor de la 1 de la madrugada se abrió la puerta. La gente corrió hacia la salida. Cuando me encontré en la puerta, también me empujaron hacia afuera. Afuera había varios camiones preparados. No se permitieron más de 21 hombres en cada uno. Algunos soldados armados observaban para impedir la fuga. Nadie reconoció hacia dónde nos conducían. Yo mismo, nativo de Kutno, que conocía bien todos los caminos, me sorprendió no reconocer ninguno. Nos llevaron por caminos de tierra.

Los coches quedaron parados frente a un edificio más grande. Cada habitación tenía capacidad para 60 personas. El soldado con la vela en la mano (porque no había luz eléctrica), ordenó silencio absoluto hasta la mañana. En el pasillo oímos el alboroto y las risas de los soldados alemanes.

La puerta finalmente se abrió por la mañana. A gritos nos expulsaron al gran edificio, donde en un rincón había un lugar para las necesidades humanas. Todos corrieron al lugar. Al llegar allí, inmediatamente nos persiguieron. Esto era un signo de un sadismo horrible.

… Yo pertenecía a los primeros 60 hombres. Inmediatamente aparecieron pintores con pequeños pinceles y pintura blanca y pintaron números en el pecho y la espalda del detenido. Mi número era el 5 en el primer grupo.

Y de nuevo asistimos a un hecho horrible: un hombre, que no era judío en absoluto, no se desabrochó el abrigo tan rápidamente para el pintor. Fue suficiente para que le dispararan al hombre, por no abrir rápidamente su abrigo. De pie en la gran plaza, vi por primera vez cuántos cientos de personas estaban marcadas con los números. En el edificio veo una inscripción: "Escuela pública clásica 7 J. Piłsudski en Łęczyca". En ese momento comprendí dónde estaba.

Nadie habló de alimentarnos. A nadie le importaba eso. Por la mañana, al volver a casa del trabajo, todos recibieron tres patatas pequeñas en un bol, que se tragaron inmediatamente. El hambre era grande.

Recuerdo que, al tercer día, al volver del trabajo, todos cogieron un gran arenque salado, y de nuevo ocurrió lo mismo: nadie consiguió dejar un trozo de arenque para más tarde ni para mañana. Esto le provocó una sed extraordinaria, pero se le prohibió tomar agua. El agua estaba vigilada. Una vez más, los sádicos utilizaron sus conocimientos.

El quinto día rodeamos una valla con alambre de púas. Me paré en la cerca con un martillo y clavé el alambre. El martillo se me cayó de la mano y golpeó al SS que estaba cerca. Un poco de sangre apareció en su frente. Me quedé congelado con el mango del martillo en la mano. Un grito del alemán. Me quedé parada frente a él, tensa. Sacó su revólver y gritó "¡Corre!"… Yo corrí, él no disparó. No recuerdo cuando dejé de correr. Sólo recuerdo cómo mi grupo me felicitó y añadió que seguramente sobreviviría a la guerra.

El sexto día no nos llevaron a trabajar. Durante todo un día estuvimos atentos a cada llamada, en la plaza principal de la sinagoga. Nos enteramos de que nos enviarían de regreso a Kutno. De repente, a la entrada de la plaza, reconocí a mi mujer Pola. Me acerco a ella y me da un paquete… una barra de pan y una prenda de abrigo. Ella y otras dos mujeres judías supieron que sus maridos estaban en Łęczyca. Le digo a mi esposa que probablemente nos llevarán de regreso a casa. Ella decide ir conmigo. Dirigidos por un civil, nos llevan de regreso a Kutno. En el camino había muchos alemanes. Nadie nos molestó. A mi lado estaba mi esposa y al otro lado estaba mi primo Yoel Goldberg. Mi esposa llevaba un sombrero que le regalé para que nadie se diera cuenta de que había una mujer entre tantos hombres.

De camino a la ciudad cerca de la barrera de Łęczyca nos dispararon. Nadie murió, pero se derramó sangre. Pronto las lámparas aclararon la escena, nos ordenaron caminar en filas de tres, con las manos en alto. Nos llevaron a la oficina del comandante alemán en el "Palacio de Holcman". A la entrada del patio reconocieron a mi esposa. Los guardias la arrestaron. A todos se les registraron los bolsillos, para tomar lo que quisieran, sin contener los golpes. Escuché mi nombre llamado. El

Postcard from Kutno to Mexico – 1940

alemán preguntó quién era la mujer. No pude decir nada más que la verdad. Esto también confirmó lo que dijo mi esposa. Echaron a mi esposa y a mí, con las manos en alto, me enviaron de regreso al sitio. Mientras tanto, allí se cortaba la barba de los judíos, hasta la carne. ¿Qué pasó con mi esposa? - No lo sé.

Después de un día de trabajo en el cuartel del 37º Regimiento de Infantería, me despidieron, con la condición de que me alistara a la mañana siguiente. En casa conocí a mi esposa.

Mis experiencias de estos pocos días han parecido antinaturales. No todos lo creyeron. Mi opinión era que nadie podría vivir con los asesinos. La única que estuvo de acuerdo conmigo fue mi esposa Pola. Buscábamos formas de escapar de los alemanes.…